

Nota

* El interés por el estudio académico de la obra de Manuel Mejía Vallejo está enmarcado en una investigación más amplia por parte del Grupo Estudios Literarios –GEL–, en la línea de Ediciones Críticas, lexicografía e interpretación de textos, denominada “Edición crítica de la saga narrativa del universo literario de Balandú: *Aire de tango* (1973), *Las noches de la vigilia* (1975), *Tarde de verano* (1980), *La casa de las dos palmas* (1988), *Otras historias de Balandú* (1990) y *Los invocados* (1997) del escritor colombiano Manuel Mejía Vallejo”, financiada por el Comité para el Desarrollo de la Investigación –CODI– de la Universidad de Antioquia.

Referencias

1 Mejía Vallejo, M. (1988). *La casa de las dos palmas*. Planeta, p. 37.

2 y 3 Escobar Mesa, A. (1997). Memoria compartida con Manuel Mejía Vallejo. Biblioteca Pública Pílo-to, p. 225.

Félix Antonio Gallego Duque es doctor en Literatura y magíster en Literatura colombiana de la Universidad de Antioquia donde es profesor ocasional y director del doctorado en Literatura.

Edwin A. Carvajal-Córdoba es doctor en Teoría de la Literatura y el Arte y Literatura Comparada de la Universidad de Granada, España, magíster en Literatura colombiana y especialista en Didáctica Universitaria de la Universidad de Antioquia donde es profesor titular.

Ambos son integrantes del grupo de investigación Estudios Literarios –GEL–.

Mis días señalados

Juan Esteban Villegas Restrepo

17

A mediados de los noventa, con la familia solíamos ir mucho a una finca en Copacabana. Además de una mesa de billar con paño arañado y caratejo sobre el que los adultos, ya medio *prendos*, nos acostaban a los niños cuando nos daba sueño, en el quiosco contiguo a la piscina refulgía también, con bella y solemne anacronía, una rocola Wurlitzer Baltic modelo 71 con la que se armaban siempre meras farras.

Qué día, comienzos de enero tal vez, sonó en ese aparato una canción que, ya para el segundo 50, había logrado montar toda una historia con impecable magistralidad narrativa: era el *Corrido de Lucio Vásquez*,

de Felipe Valdés Leal, en la voz de Antonio Aguilar. Tecla número 44 de la Wurlitzer.

El relato de ese joven al que “le dieron tres puñaladas / de la espalda al corazón / como le decía su madre”, logró cautivar-me sobremanera. ¿Por qué, después de que “volaron los pavorreales rumbo a la Sierra Mojada”, la voz de Negrete decía que habían matado a Lucio?, me pregunté mientras los grandes brindaban y mis primitos me buscaban pa’ jugar. ¿Lo hacían para acompañar al *man* en sus últimos momentos de vida? ¿Por qué, si no eran gallinazos, si eran unos animales tan bonitos (“tan raros”, estoy seguro que dije) querían estar junto al cadáver de un

pelao al que le habían echado tierra en la boca?

Años después, la vida estudiantil me llevó a vivir a Cuernavaca durante dos meses. Agradeciendo que el hallazgo hubiese sido tardío, me enteré de que los Pavorreales, según historiadores locales del municipio de Sierra Mojada, en el estado mexicano de Coahuila de Zaragoza, fueron una banda de malandros a sueldo contratados por Juan Sánchez, quien le llevaba la mala a Lucio Vásquez a causa de un triángulo amoroso.

La Navidad pasada estuve en Nueva York y Nueva Jersey visitando a mis cuchos y a mi hermano. Hace diez años, después de haber vivido catorce años allí, decidí volver a Medellín, así que el peregrinaje anual a los Estados Unidos es afectivamente innegociable.

Quien haya estado por allá en diciembre, sabrá a qué me refiero: la ciudad, por esos días, cubierta con los pliegues de esa marca corporativa del *American Christmas Spirit*, es toda una inyección al hipotálamo: la diabética, idiota y al mismo tiempo adictiva cancioncita de Nat King Cole; la vitrina, con evidentes aires dickensianos, construida alrededor de un árbol navideño y una chimenea; las siluetas arabescas de las guirnalda encaramadas en postes y arcos; el resplandor de las figuras de copos de nieve, con su exasperante simetría, proyectadas sobre las fachadas de los edificios; el olor dulzón a menta fresca, a confite, a palitos de canela y galletas de azúcar recién horneadas: la ciudad toda te canta, te mira, te toca y te huele, y hace que vos cantés, mirés, toqués u olás.

Ese viaje (hoy, cuatro meses después, lo entiendo), lo hice motivado por una suerte de

“hedonismo popular” pospandémico con el que, de paso, quise zafarme de algunos de los sentimientos de culpabilidad que toda educación sentimental de izquierda siembra siempre en sus feligreses: la aburrida beatez de nosotros, los materialistas.

Por allá en los cincuenta, el escritor y traductor argentino Héctor A. Murena, en su libro *El pecado original de América* (1954), escribió que el hecho de nacer o vivir en América conlleva un sentimiento de culpa originaria. Enero, a mi regreso de los *yunais*, me lo confirmó: comencé el año viajando por las carreteras del departamento, y tiré charco y visité plazas de pueblos que, según la historiografía oficial, fueron claves para la consolidación, durante el siglo XIX, de ese proyecto ideológico, económico y cultural llamado “Antioquia”. Hay penitencias sabrosas.

Pero la carretera no fue el único acto de contrición. La literatura de la región, que hasta hace tres meses había sido trocha desconocida para mí –mi experiencia lectora se agotaba en el coro y las dos primeras estrofas, mecánicamente aprendidas en el colegio, de *El canto del antioqueño* (1868) de Epifanio Mejía; en *La virgen de los sicarios* (1994) de Vallejo; en el infaltable, puberto y pésimo “Medellín, a solas contigo” (1963) de Gonzalo Arango; y en dos o tres cuentos de Carrasquilla, leídos más por esnobismo académico que por gusto– contribuyó también al repliegue y a la homeostasis en el mundo de los signos: en cuestión de tres semanas, aprovechando las vacaciones y el lento inicio de semestre, me eché a los ojos varios párrafos de Emiro Kastos, Saturnino Restrepo, El indio Uribe y Efe Gómez. Y claro que, a Carrasquilla, pero ya por iniciativa propia. Por necesidad.

Pude leer también, y por primera vez, a Manuel Mejía Vallejo.

A mi diciembre gringo, obscena y maravillosamente gringo, le había contrapuesto un enero antioqueño, sea lo que sea que esto último signifique: trueque este de ficciones que no estuvo exento de contracciones musculares identitarias, de espasmos y torceduras ideológicas, de calambres culturales. Un trueque que no estuvo exento de vida.

Lo que leí en enero fue *El día señalado* (1964), novela con la que el jericano se inserta en el horizonte de “la violencia”, la única tradición literaria que, según García Márquez, no sin algo de cálculo publicitario, autobombo y miopía, dijo que teníamos en el país.

Fue un asunto de practicidad: es el único libro suyo que tengo en mi biblioteca. Una bella herencia de don Orlando Santofimio, mi suegro: el policía más culto que he conocido en mis treinta y siete septiembres.

Una manera fácil y pragmática de cruzar el páramo del antioqueñismo, de tensar la obra de Mejía Vallejo hasta hacerla que roce con ese momento neoterrígeno de la literatura hispanoamericana, podría ser la de incrustarlo en una red que abarca, como muchos podrán haberlo advertido ya, a Juan Rulfo, Elena Garro y los dos Arguedas (José María en el Perú y Alcides en Bolivia). Una constelación, marcada también por la denuncia y la reflexión honda, que supone también la lectura, más hacia el norte, de John Steinbeck, Walter van Tillburg Clark y William Faulkner.

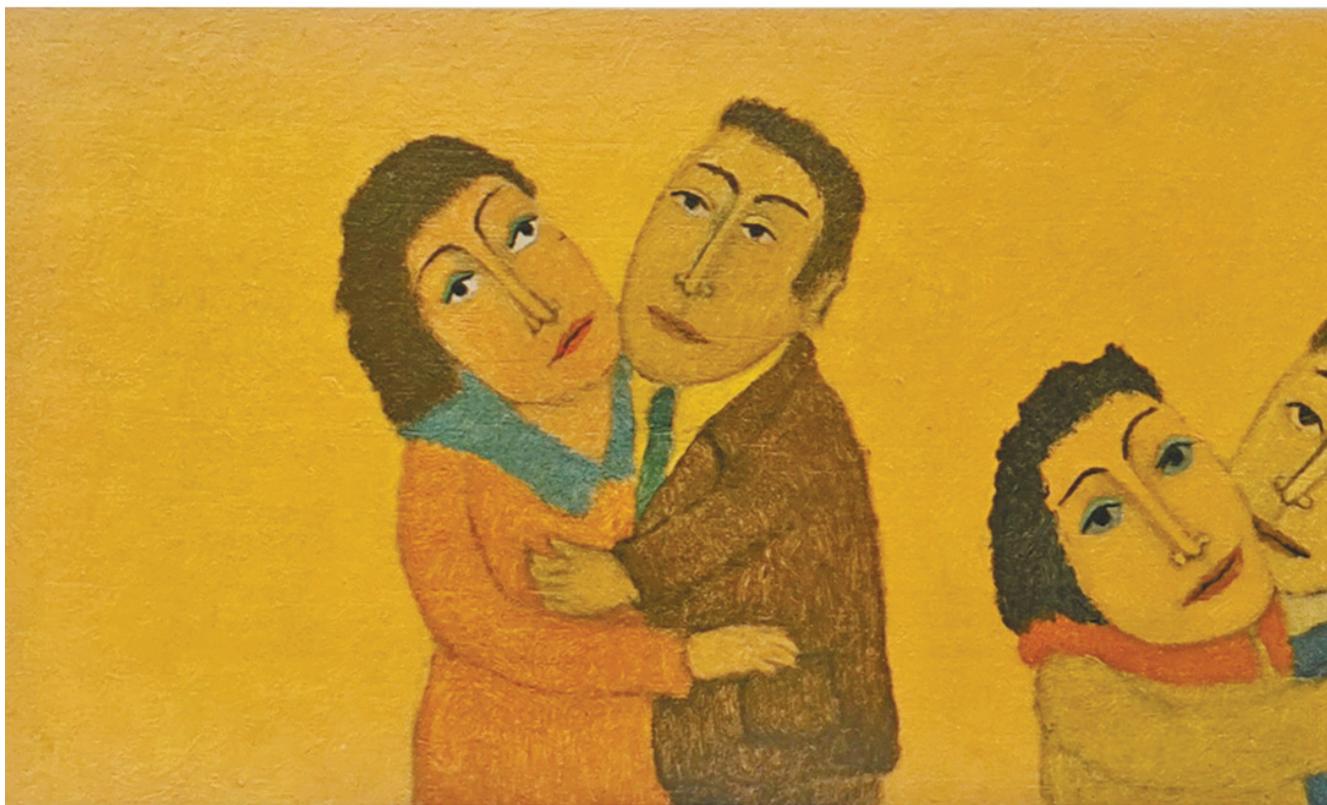
Esa, digo, sería la manera más fácil y auto-complaciente. Pero, a ese croquis, viéndolo ya bajo el farol de la temática de la violencia rural bipartidista y su *ethos* gángster, viendo sus arquetipos, sus texturas performáticas, peliculescas, sus movimientos, a ese croquis, me digo, le falta una ficha, una muy vital y que revela los alcances de la modernidad literaria que Mejía Vallejo despliega en esa novela: el cine *Western* y *Spaghetti Western*, con la respectiva transculturación narrativa y estructuras de sentimiento, como diría Williams, que de estos se hizo en Hispanoamérica: el cine mexicano de cuño mariachi y temática gamonal.

Como quien dice: las películas de mis abuelitos, ese par de viejos que hicieron de la *Luna de octubre* de José Antonio Michel su himno.

Ahí, en las arterias que la conectan con ese amasijo de discursos y registros, de libros, canciones y películas, puede estar quizá la manera de sacar a *El día señalado* de las trampas malditas de lo “subregional”, lo “departamental” y “lo nacional” literario.

Nada de esto es nuevo, pero igual lo digo: el Tambo de Mejía Vallejo, caliente y triste, hunde sus raíces en la Ixtepec de la ya mentada Garro, que a su vez las hunde en el Tomóchic de Heriberto Frías, la Juchipila de Mariano Azuela, el Durango o el Chihuahua de Nellie Campobello (la Comala de Rulfo no: ese es el paisaje, la ontología americana que viene después de la guerra fratricida).

Así las cosas, yo me pregunto: ¿no encarnan la Julia Andrade de *Los recuerdos del porvenir* (1963) y la Marta de *El día señalado* dos maneras de leer el destino que pareciera ceñirse sobre la mujer hispanoamericana en un es-



cenario de violencia? ¿No es la fuga surreal de Andrade con Felipe Hurtado el mayor anhelo de Marta? ¿No es el cura Barrios (el Camilo Torres de la literatura colombiana de la segunda mitad del siglo xx), una reescritura del *Nazarín* (1895) de Pérez Galdós y, como muchos probablemente ya lo advirtieron, del *Luterito* (1899) de Carrasquilla, pero adobado con las tres pizcas de Buñuel?

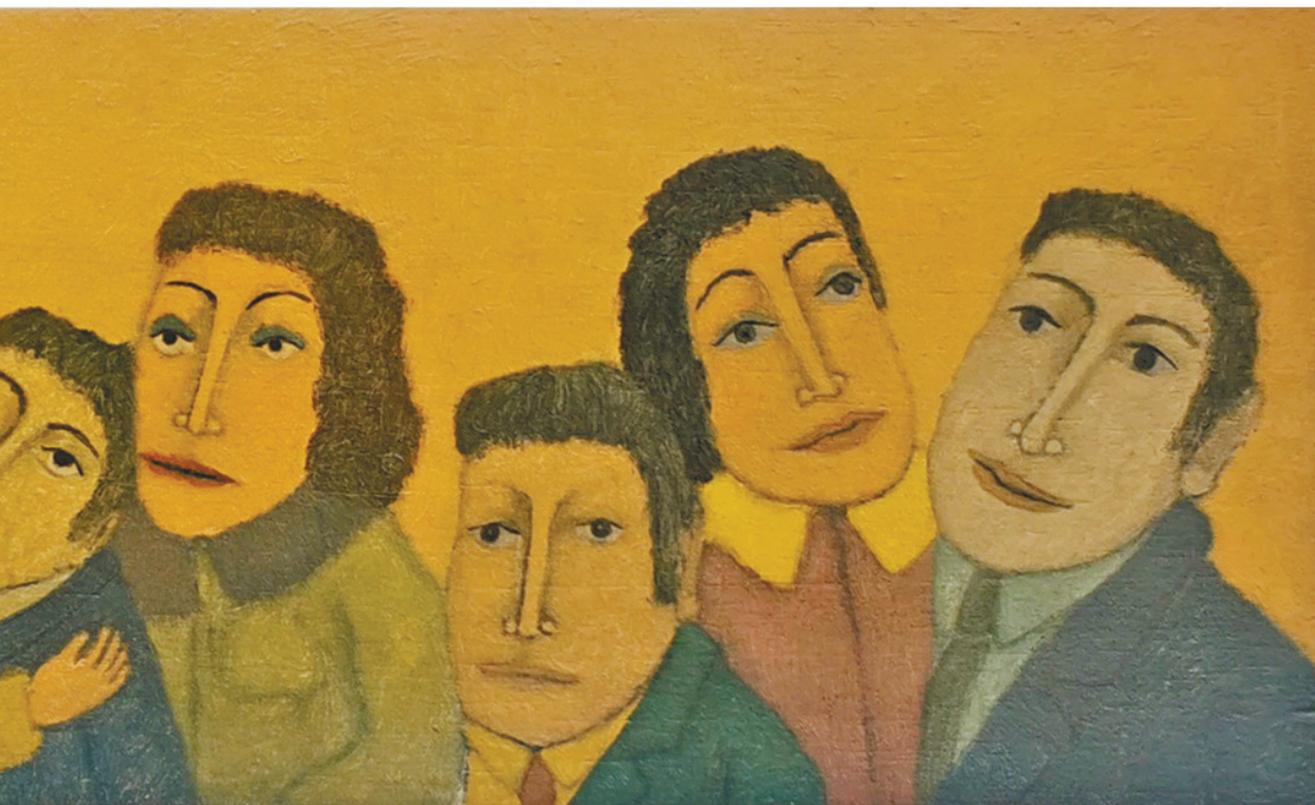
¿No es el narrador en primera persona de la novela de Mejía Vallejo una versión andina del Diego de la Vega (pero sin antifaz) de Johnston McCulley?

Muy por entre los linderos trazados por la profesora Claudia Acevedo Gaviria, yo pregunto: ¿No hay en la cinematográfica

performatividad de lo masculino de este mismo joven, que lo jugó todo a su gallo, retazos de Gary Cooper, Jorge Negrete, Humphrey Bogart, Pedro Armendáriz o Clint Eastwood?

¿No evocan Antonio Roble o Pedro Canales, míticos guerrilleros del páramo del Tambo, los aires de los revolucionarios villistas que Nellie Campobello nos regala en su magnífico y cruel *Cartucho. Relatos de la lucha en el norte de México* (1931), viñetas estas que, a su vez, prefiguran, ya en el plano de la realidad colombiana, la aparición de Salcedo y Aljure?

Sin el perdón de los *progres* acomplejados, sin el beneplácito de nuestros sensibles



Antonio Samudio, digital / serigrafía, papel de algodón entelado, 64 x 51,5 cm, edición 100 / 100

culturalistas decoloniales que ven en esto el peor de los crímenes; sin el perdón de los que siguen sin entender que eso de la apropiación cultural es una vaina que se inventaron los gringos para impedir que nos sentemos, sin complejo, en el banquete de la cultura universal al que Lezama Lima y Alfonso Reyes tanto nos convidaron, yo vuelvo y me pregunto:

¿No roba Mejía Vallejo aquí, en un hermoso gesto de bandolerismo literario, todo lo que puede de películas como *El secreto del sacerdote* (1940), *Bonanza* (1959) y *El Tesoro de la Sierra Madre* (1948)?

Sin ánimo de fetichizar e irrespetar la memoria de las casi doscientas mil víctimas

que dejó “la violencia”: ¿no hay, en la escena de la taberna de Don Jacinto, en el trato hollywoodense de la sevicia, un guiño al cine de Sam Peckinpah?

¿No encajarían a la perfección las bandas sonoras de Enio Morricone en la narración *in crescendo* del duelo gallero entre el gamonal Don Heraclio “el cojo” Chútez y su hijo, el rulfiano y *preciadesco* héroe anónimo de la novela?

De la mano de Borges, yo me pregunto: ¿acaso no es el Mejía Vallejo de *El día señalado* el precursor del Scorsese de *Pandillas de Nueva York* (2002) y del Tarantino de *Django desencadenado* (2012)?

¿No es el título de esta novela un bello y sagaz guiño al *High Noon* (1952) de Fred Zinnemann, película que a los teatros de la América Latina de fines de los cincuenta llegaría con la también poética etiqueta de *A la hora señalada*?

Salvando las distancias, ¿no es José Miguel Pérez una variación andina de Lucio Vásquez?

Es enero. Un hombre de treinta y siete años sueña que está parado frente a una Wurlitzer Baltic modelo 71. Ya no tiene que empinarse para hundir el número 44 del tablero. Los niños, se dice ese hombre delgado en el sueño, son dioses que juegan a señalar los días y los libros.

Juan Esteban Villegas Restrepo es profesor titular del programa de Estudios Literarios y de la maestría en Estudios Latinoamericanos de la Universidad Pontificia Bolivariana, sede Medellín.

Manuel Mejía Vallejo: una obra significativa al borde del olvido

Augusto Escobar

El próximo 23 de abril se conmemora el centenario de nacimiento de Manuel Mejía Vallejo (1923-1998) y de una vida bien vivida y recreada en sus obras. Es uno de los escritores representativos de la literatura colombiana y antioqueña del siglo xx, reconocido con premios literarios como el “Rómulo Gallegos”, el “Nadal” y “Vivencias”, entre otros. Su obra es diversa, como lo muestran sus once novelas, seis libros de cuentos, cuatro libros de poesía, cuatro de ensayos y centenares de crónicas periodísticas en su periplo como periodista en Venezuela y Centroamérica. Vale preguntarse si los lectores de hoy, asediados por las tecnologías actuales y la inteligencia artificial, han leído alguna obra de Mejía Vallejo; casi que la respuesta sería

no, porque lo consideran anticuado y solo les interesan las obras del inmediato presente que pronto abandonan por las siguientes. Estos lectores, si es que leen obras de verdad, dependen de lo que les ofrece la era digital como el mejor de los ilusionismos, y es esto precisamente, un espejismo alienante porque todo se vuelve obsoleto al instante. Es la obsolescencia programada, incluyendo lo humano.

Ha llegado la voz del Gran Hermano anunciada en 1984 de Orwell y dentro de poco ya no habrá que pensar porque los *chatbot* lo harán por nosotros. ¡Seremos, felizmente, seres vegetativos! Ya en 1784, Kant lo había advertido en “Sobre la Ilustración”: